

EL NAUFRAGIO DEL QUECHEMARÍN⁽¹⁾

I

El *Guesurrachape* (2) del puertecito de Deva, albergaba más animación que la acostumbrada. Lazos de unión entre marineros, el remo y la vela, pasan sus ócios narrando proezas y peligros de mar, discutiendo las condiciones marineras de sus embarcaciones, luciendo plattillo del conversar alegre y enrevesado, un nuevo arrecife descubierto, el resultado de las últimas regatas donostiarras ó un chiste agudo, mal expresado en poco correcto bascuence. Aquella tarde, que era una de las más crudas del mes de Enero, no versaba la conversación sobre temas tan indiferentes. El cielo había negado su claridad oculto por poco tranquilizadoras nubes, la olas alcanzaban proporciones gigantesca y el alboroto de los vientos, la lluvia torrencial y el amenazador relámpago, anunciaban la galerna, imponente manifestación de la naturaleza, con la que las aguas del Cantábrico saludan frecuentemente á las playas bascongadas.

José Mari, al que por su edad y experiencia se escuchaba con atención y se oía con respeto, aseguraba que dominando el viento Noroeste la desagradable visita no se haría esperar. No abandonaban sin embargo los marineros aquel lugar de observación, antes al contrario, las filas de los curiosos engrosaban con acongojadas mujeres que, lle-

(1) El hecho que sirve de base á estas líneas es histórico y tiempo hace tenemos en nuestro poder los datos del mismo, que nos fueron proporcionados por dos distinguidas damas, testigas presenciales del conmovedor suceso.

(2) Nombre con que se conoce al mentidero ó tejavana con asientos de madera, centro de la gente de mar.

nas de zozobra, suponían á sus esposos ausentes en desigual lucha con las embravecidas olas.

Garrucha, el más fornido de los bañeros de la guipuzcoana playa, acababa de tomar plaza en el animado platicar de los marineros con estas palabras:

—*Antoñin y Mari-Juanica* por cuesta *Iziar*, chicos subir descalzos. ¡*Gãsuak!*

—El *quechemarín* marchó pues?—preguntó *José Mari*.

—Aire, á las once tomo hácia Bilbao, sin carga.

Y así era, en efecto. *El Capitán Gari*, al frente de su pequeña embarcación, había hecho rumbo, en lastre, hácia la villa y capital bizcaina, poco antes del medio día y la ansiedad de aquellos buenos bascongados por la suerte del experto marinero era tan grande como justificada.

El Capitán Gari, por este sobrenombre conocido en razón al cargamento de trigo, que era el favorito de su *Quechemarín*, representaba fielmente el inimitable tipo del hombre más basco, pero no encantaba tanto por sus robustas y atléticas formas, su despejada frente y cabellera, cuanto por un corazón si valiente, en igual proporción caritativo y una religiosidad si sincera, ferviente también en alto grado. Era un lobo marino, pero con toda la mansedumbre y bondad del cordero. Dios no le había concedido en su matrimonio descendencia, pero la caridad, esa llave del cielo, había sustituido los afectos paternales. Dos infantiles huerfanitos del *timonel* del *Quechemarín* formaban las delicias de su existencia. *Mari Juanica* y *Antoñin*. Despedíanle cariñosos en la playa cuando su padre adoptivo se encomendaba á la voluntad de Dios y de las olas, en aras del trabajo y saltando y llenos de contento le abrazaban al retornar de sus expediciones.

Eran éstas periódicas y tenían por punto de destino Bilbao, que ya en aquel entonces—primer tercio del siglo pasado—ocupaba preferente lugar en el movimiento industrial y mercantil de nuestra patria. Aquel día era uno de tantos en que *Gari* se dirigía á cargar una expedición de cereales en los animados muelles del Nervión. A su salida el temporal era bonancible y la mar bella. En tanto no perdieron de vista los extremos de la arboladura del *Quechemarín*, *Antoñin y Mari-Juanica* agitaban los pañuelos, enviando con aquellos saludos dos corazones agradecidos, la despedida á su segundo padre.

Pero cambiado repentinamente el temporal, las nubes siniestras

que obscurecían el sol, llevaron la angustia á la modesta mansión del expedicionario guipuzcoano .

Las frases con que *Garrucha* interrumpiera el discutir de los marineros de *Guesurrachape*, eran tan ciertos como significativas: así lo entendió *José Mari* al preguntar inmediatamente hacia dónde había izado velas el *Quechemarín* y en tanto una encantadora niña de nueve años, enrojecidas las mejillas por el llanto y un acongojado niño de siete años, con los piecitos descalzos, desafiando la tormenta, poniendo su vista en el cielo, pasaban rápidamente por la plaza del pueblo, se santiguaban al descubrir la ermita de Santa Cruz y con paso poco certero, emprendían el camino por la empinada cuesta, que conduce á la anteiglesia (1) de *Iziar* donde con extraordinario fervor se venera la Estrella de los mares, Madre de los afligidos, la milagrosa Virgen de Iciar

Antoñín lloraba lleno de angustia.

—No hay miedo, hermanico—decía *Mari-Juanica*.— Padre se salvará. A pedirselo á la Virgen; y subían ligeros como aves errantes que buscan el nido, poniendo á contribución sus débiles fuerzas, para llegar pronto, muy pronto á presencia de la imagen de la Reina de los cielos.

A los pocos momentos dos niños arrodillados pedían protección al Todopoderoso por mediación de la Virgen de Iciar.

El viento no había moderado su furia, el rayo cruzaba el espacio imponente magnificencia, las aguas azotaban formando monumentales remolinos, la pintoresca playa de Deva y en el entretanto, la Virgen de Iciar tenía dos ángeles más en su brillantísima Corte. *Antoñín* y *Mari-Juanica* oraban con la fe que no pueden concebir los incrédulos, pedían con la confianza que es imposible adivinen los escépticos.....

II

Al día siguiente las inquietudes de los habitantes de Deva aminorábanse á medida que llegaban noticias del arribo á playas cercanas de embarcaciones de sus paisanos; daba mucho que pensar sin embargo

(1) Este nombre viene de que los vecinos celebraban sus reuniones en el pórtico de la iglesia parroquial.

la suerte del *Quechemarín* de *Gari*, y sus hijos de caridad, afligidos por ansias y agonías esperaban, y esperaban inútilmente, se dibujasen en el espacio los airosos perfiles del barco costero.

José Mari, en su calidad de Alcalde, había ordenado saliesen algunas barcas hasta la Punta de Santa Catalina, pero volvieron sin ser portadoras de noticia alguna. Al anochecer un propio, enviado por los vecinos de Lequeitio, daba la fatal nueva, que los últimos pescadores que habían conseguido tocar puerto, habían divisado la tarde anterior hácia las bajos de *Ibinaga* el *Quechemarín* de *Gari* completamente desarbolado y juguete de las olas.

La creencia de un desastroso fin del simpático Capitán y la tripulación á su mando, adquirió bien pronto visos de certeza. Reunida la Cofradía de marineros, acordóse la forma de allegar recursos para las primeras necesidades de las familias de las víctimas y asimismo la celebración de funerales, en el momento que se comprobaba la desgracia. En la iglesia de Deva no se oía el alegre voltear del bronce en día de fiesta, pero sí se escuchaban los tristes y acompasados toques, que repercutían hasta la cordillera de Anduz.

Antoñín y *Mari-Juanica*, devorados por la impaciencia y el dolor, marchaban camino de Motrico, sin darse cuenta de su estado, locos con la locura de la aflicción, enagenados con la enagenación del sentimiento.

—*¡Gišajual!* había exclamado *Garrucha* en un arranque de amorosa caridad, y bien dignas de lástima eran aquellas inocentes criaturas. Pronto volvieron al pueblecito, más desconsolados que antes.

Pasó aquella noche sin recibirse dato alguno, ni favorable ni adverso. Al amanecer notábase desusado movimiento de los habitantes de Deva hácia la playa.

Unos aseguraban que en el Mentidero estaba el *Capitán Gari*; otros, menos crédulos no daban fe á la noticia, pero todos dirigían sus pasos hácia el *Guesurrachape*. Y no se equivocaban los optimistas; el padre adoptivo de *Antoñín* y *Mari-Juanica* abrazado incesantemente por éstos y rodeado de la mitad del pueblo, explicaba los detalles de la pérdida de los marineros; el buque y las excepcionales circunstancias de su salvación.

—Hasta el Cabo de Santa Catalina—decía el arriesgado marino—marchamos con viento favorable y á toda vela; pronto los balances y golpes de mar hicieron temibles; la espesa niebla nos impedía tomar

derrota fija; procurábamos á todo trance huir de la costa, pero desarrollada la nave y perdido á poco el timón, estuvimos siendo juguete de las olas durante toda la tarde. Sin medios para combatir la mar gruesa y seguro de! desastre que nos amenazaba preparé á mi gente y con ellos encomendé mi suerte á la Virgen de Iciar.

El *Quechemarín* no pudo soportar la impetuosidad de las corrientes y a poco las olas en imponentes montañas nos arrojaban hácia la costa.

Haciendo esfuerzos inauditos, pude salir á flote y asirme á una tabla buscando salvación; sin embargo, tan debilitadas estaban mis fuerzas, la somnolencia comenzó a dominarme en tal forma, que juzgué imposible librarme de las olas.

Encomendaba mis acciones á Dios, cuando mis ojos divisaron una montaña coronada por una casita blanca y en una ventana, una mujer con una luz en la mano; me valí de mis cuatro remos heróicamente y braceando poco a poco hacia aquel faro desconocido, logré pisar roca, al mismo tiempo que la aparición y la montaña se obscurecían.

Al amanecer unos marineros de Santurce recogían mi cuerpo ya exánime.

—Ves *Antoñín*— decía *MariJuanica* apenas terminado el relato de *Gari*— no tener miedo, la Virgen nos dejó solicos en Iciar, pero fué para ayudar á padre.

III

El viento no se mueve con furia, el rayo no cruza el espacio, las olas no azotan la playa, pero la brisa de la mañana saluda á un día espléndido, las aguas tranquilas y bonancibles sirven de espejo á un sol purísimo y desde Igueldo á Musques, las costas bascongadas se bañan en envidiable hermosura.

Un grupo numeroso sale de Deva hácia Iciar, deja á la derecha á Sasiola y toma la cuesta de la anteiglesia. ¿Quiénes lo forman? Un anciano sacerdote precede á un hombre robusto y dos débiles niños. Estros tres últimos van descalzos. Las campanas de Iciar repican alegremente y á los pocos instantes *Gari* y los dos pequeñuelos oyen el Santo Sacrificio de la Misa á los piés de la Estrella de los mares.

JOSÉ M.^a G. DE ECHÁVARRI.

